

Pedro Laín y la cultura griega

Me acuerdo de que en 1944 Pedro Laín me entregaba con ilusión su artículo «El escrito *De prisca medicina* y su valor historiográfico». Titular desde hacía poco de la cátedra de Historia de la Medicina en la Facultad madrileña, lo presentaba para la revista *Emerita* con una nota final que decía: «Trabajo de la Sección de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas». El estudio sobre uno de los más famosos libros hipocráticos aparecía en la revista española de estudios clásicos y estaba dedicado a Xavier Zubiri.

Ya es un capítulo de la historia contemporánea la fundación de la revista *Escorial* precisamente por Laín con Ridruejo. El afán de *Escorial* por salvar, si hubiera sido posible, sin ruptura la cultura española, resultó pronto un sueño ante los empeños triunfantes de los que defendían una España —la suya— «sin problema». No hubo, pues, manera de impedir la consumación de lo que era ciertamente, y sin ilusiones posibles, irremediable consecuencia de la guerra civil. La cultura y la educación quedaron, sin limitación alguna, en manos de los vencedores.

Al mismo afán, ya maltrecho entonces en *Escorial*, obedecía todavía la ilusión con que su autor entregó el artículo para la revista de los filólogos clásicos españoles, fundada no hacía mucho si se cuentan los años, en 1933, y que naturalmente no tenía muy profundas raíces. La dedicatoria a Zubiri y la puesta en práctica en su texto de la orteguiana consigna de griego y alemán en los estudios manifestaban en aquel trabajo, maduro ya de ideas originales y de citas, que el historiador de la medicina de la Facultad de Madrid se medía con sus colegas y con los más prestigiosos filólogos de Europa y de América.

Laín se enfrentaba en su trabajo con los problemas de uno de los más difíciles tratados hipocráticos; en él se hace el elogio de Alcmeón de Crotona, que la tradición presenta como discípulo de Pitágoras. Los «antiguos médicos» de que habla el tratado *De la antigua medicina* dieron a la medicina, dice, «principio y método» y en sus investigaciones «usaron bellamente de un consecuente razonamiento». La crítica de este autor a los «modernos» se debe, según Laín, a que actúan sobre las «hipótesis» «de lo caliente o de lo frío, de lo húmedo o de lo seco...» A la luz del capítulo 20 del mismo tratado analiza Laín lo que pudieron ser aquellas «hipótesis», enfrentándose con los filólogos e historiadores de la medicina que, a pesar de la mención de Empédocles precisamente en ese capítulo, no ven que lo que el hipocrático censura en los modernos es que, como «sofistas», es decir, como filósofos, quieran fundar su saber en pura especulación de filosofía natural, prescindiendo de la «experiencia ante las vicisitudes fisiológicas del sano y del enfermo». Lo que para el hipocrático está mal en esos modernos es su abandono de la experiencia médica. En ella se ha de fundar, no la filosofía, como Max Well-

mann interpretaba el texto hipocrático, sino lo que a Laín le interesaba ya desde el comienzo de su carrera académica: «una antropología verdaderamente científica», una antropología médica a la que nuestro autor ha dedicado tantas vigiliadas. El médico, dice el autor hipocrático, no debe con sus «hipótesis» alejarse de la realidad, «de lo que es» (*toû eóntos*).

En el análisis que sigue del breve tratado hipocrático, y que no vamos a extractar aquí, Laín se remonta a considerar aspectos fundamentales de la cultura griega. La manera como el desconocido autor utiliza ciertas ideas del antiguo Alcmeón es analizada por Laín con gran familiaridad con la cultura griega.

Pedro Laín, al apreciar la posición del autor ante la historia, descubre el «estupendo modo que el hipocrático tiene de enfrentarse con el pasado: como Aristóteles cuando al comienzo de la *Metafísica* repasa todo el pasado de la filosofía, o Tucídides cuando despega la historia helénica de la mitología», lo considera «de arriba abajo: ... desde la seguridad —generosa a veces, irónica otras, a fuerza de ser sentida— propia de quien cree haber alcanzado ya lo que necesita para su existencia intelectual».

Vemos en aquel artículo sobrevivir los estímulos, aún vivos y actuantes, de Ortega y Gasset y de Zubiri. Los sentía Laín y unos pocos compañeros de generación. Los mismos me hacían por entonces trabajar en mi *Sócrates*. Admirable es en Pedro Laín que ni la detención y fin de *Escorial*, ni la evaporación en las desguarnecidas universidades de aquel espíritu, detuvieron su trabajo. Lo continuó y lo amplió acompañado de discípulos capaces de seguirle en su renovación original de aquellos estímulos. Así se formaría un ambiente al que más tarde se incorporarían filólogos que, como Luis Gil, supieron presentar con gran originalidad la medicina popular en Grecia, o trabajar incansables en estudios y traducciones del *corpus* hipocrático, como José Alsina y C. García Gual.

Para estudiar las aportaciones de Laín a la filología griega en su más amplio sentido me voy a limitar a dos de sus grandes libros, sin entrar en logros tan brillantes como la parte por él escrita o por él organizada con sus colaboradores en la gran *Historia universal de la Medicina*.

Examinaremos primero *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica* (Madrid, Revista de Occidente, 1958). Quizás es en ese libro donde Laín alcanza la cumbre de su saber de helenista. Se pensaría que, en la obra escrita por un historiador de la medicina, tal título se referiría más bien a la palabra mágica, al ensalmo, a la «curación» primitiva y poco racional de enfermos, pero el helenista que recorre las fuentes del conocimiento de la cultura griega se encuentra enseguida, cuando llega a ocuparse de los sofistas, con un uso maravilloso, pero no irracional, de la palabra: la «persuasión verbal». Y luego, siguiendo las páginas de Platón y Aristóteles (con un intermedio sobre la palabra en la medicina de los hipocráticos), descubre, de otro modo que para los primitivos, la palabra como *kátharsis*, «purificación», y más tarde, en la *Retórica*, como operación persuasiva que muestra, sobre el fondo de la finísima psicología aristotélica, cómo influye en el ánimo del que oye la actitud inteligente que sabe tomar el orador. El libro da, pues, mucho más de lo que el título promete, ya que no trata sólo de la «curación» por la palabra, sino de la fuerza que el *logos* tiene para purificar el alma, como luego veremos, ya liberándola de la influencia del cuerpo, ya descubriendo

el modo de que predomine «lo divino entre nosotros», incluso en la forma más modesta propuesta por el Estagirita en su *Poética* al explicar cómo el placer de contemplar una tragedia «purifica» el alma del espectador.

Se acerca Laín a la realidad del mundo primitivo con los ojos de Homero. Y esa mirada, que todavía es primitiva, descubre ya el concepto de *physis*, es decir, de la naturaleza propia de cada cosa, la regularidad con que ésta se manifiesta, porque la divinidad no las altera caprichosamente; ahí está en germen la ciencia occidental: «la realidad sensible —dice Laín— muéstrase a los ojos de Homero mudable, divinamente movida, caduca y regular», pero entendemos que ni la caducidad excluye la regularidad, ni la mutabilidad, la interpretación de lo divino.

En la misma aceptación por Homero de la magia médica tradicional, hay una reducción de su fuerza, en primer lugar porque el médico homérico no es el chamán profesionalizado de otras culturas, ni su actuación se basa en la fuerza automática de la palabra mágica como en la cultura semítica. Ya en Homero señala Laín que Néstor y Patroclo, con su «hablar placentero» se dirigen, no a la «persona» del enfermo, sino a su «naturaleza».

El despertar de la cultura griega, el cambio realmente innovador con todos sus efectos, es visto por Laín como filólogo que contempla en su totalidad, como historiador, la cultura y la vida humana. «La sociología, la etnología y la psicología actuales —dice— permiten sospechar lo que aconteció en el alma de los jóvenes griegos durante los siglos VII y VI.» Y es en ese ambiente donde el ensalmo mágico, la *epodé*, pasa de lo que había sido todavía en Homero a lo que va a ser en Platón. En aquellos tiempos hay aún —y los habrá después— conjuradores, purificadores, curanderos, charlatanes y «médicos adivinos», pero de ahí van a salir Pitágoras y Alcmeón de Crotona. Los sofistas contribuyen también a la renovación y transición. La palabra mágica, el hechizo y el encanto tienen un papel muy importante todavía en la época arcaica. En Homero, y todavía en Esquilo y en Píndaro, señala nuestro estudioso la fuerza del encanto, pero junto a él descubre ya en las *Euménides* (885 s.) que la diosa Atenea pone el dulce encanto de su razonamiento en una de esas personificaciones divinas, *Peithó*, la Persuasión, que los griegos llegaban a adorar después de haberlas inventado sobre una etimología. *Peithó*, palabra formada sobre el verbo *peítho*, es la «personificación de la eficacia psicológica y social de la palabra».

Larga fue la lucha de la razón por imponerse. Si Pitágoras y Empédocles todavía acuden a los ensalmos para curar, y Heráclito advierte contra los conjuradores, todavía este gran filósofo de Efeso dice que la enfermedad es, como para el primitivo, impureza, pues parece que eso significa su dicho de que «las almas de los muertos en la guerra son más puras que las de los muertos de enfermedad».

Es la retórica la que contribuye al triunfo de la razón. La persuasión ya no divinizada, sino convertida en finalidad del orador, es expuesta por Gorgias. La palabra para el sofista es lo más poderoso que hay: actúa sobre el alma del oyente como las medicinas sobre el cuerpo. Como el hombre no lo sabe todo, tiene que dejarse llevar por la palabra, aunque quepa engaño en la persuasión.

Al enfrentarse con el pensamiento de Platón sobre el ensalmo, Laín se declara insatisfecho con los estudios anteriores, y hasta necesita hacer adiciones al único léxico que

registra todas las palabras platónicas, el de Ast. Aunque no desconoce Platón el antiguo uso de la palabra en el sentido mágico de «ensalmo», utiliza el término según Gorgias había desarrollado en la oratoria. «Ensalmo» o *epodé* es también para Platón en sus sucesivos escritos algo cada vez más racional. En las *Leyes* señala Laín usos del término que corresponden cada vez más a «palabra suasoria», al *logos kalós*, el «bello discurso». Y en este conjunto de textos platónicos encuentra la invención «de una psicoterapia verbal rigurosamente técnica», lo más alejado de la magia y de la arcaica medicina supersticiosa.

En relación con la purificación que se buscaba con la *epodé*, descubre Laín, como ya hemos señalado más arriba, sentidos nuevos en la palabra *kátharsis*. Encuentra que a las acepciones tradicionales añade Platón dos nuevas: una que consiste en purificar el alma de la influencia del cuerpo mediante el ejercicio de la vida teórica, y otra sobre la purificación ética, psicológica y médica. La purificación libra al alma de sus «enfermedades», es decir, de lo que la impurifica y desvía, precisamente por influencia del cuerpo. Este nuevo modo de «ensalmo», que consiste en definitiva en «persuasión», deja muy atrás, reducidas a «pura prehistoria», como dice Laín, las interpretaciones racionales del ensalmo de los sofistas Gorgias y Antifón.

Mientras Platón avanzaba por este camino, que luego había de proseguir Aristóteles, los médicos hipocráticos estudiaban la importancia de la palabra en su ciencia. La tradición dice que Hipócrates mismo fue discípulo de Gorgias y Demócrito. Como en griego *logos* significa a la vez «palabra» y «razón», la palabra es razón, comunicación, expresión, y concretamente, pronóstico, prescripción; y sobre todo, palabra sugestiva. Laín cree que el médico hipocrático «pudo ser y hasta comenzó a ser un psicoterapeuta, mas no llegó a serlo de modo suficiente». Pero el legado de Platón no llegó a Hipócrates ni a su escuela. Por eso «los hipocráticos supieron entrever, mas no ver y seguir con claridad y decisión suficientes». La «curación por la palabra» en realidad no iba a ser logro de los médicos griegos.

Aristóteles, «máximo heredero y contradictor máximo de su maestro», como dice Laín, sí que va a ser su continuador. Pero nada queda ahora de curación. Aristóteles, con su creación de la lógica, formula el *logos* dialéctico. Y en su tratado de la *Retórica* desarrolla todas las posibilidades indicadas por Gorgias y sus precursores, y también por Platón en el *Fedro*. Y explica la retórica no sólo como género judicial, cual los iniciadores, sino en todos.

Las páginas dedicadas a la *kátharsis* trágica según la *Poética* de Aristóteles habían sido precedidas por un excelente ensayo de Laín titulado «La acción catártica de la tragedia», fechado en enero de 1943 e incluido en el libro *Vestigios* (1948). En aquel primer estudio, que Laín calificó de «romántico», y que es anterior al dedicado al tratado *De prisca medicina*, se enfrentaba con las interpretaciones de la famosa página aristotélica en que se expone la estética del género trágico. No podemos más que señalar la esencia de las consideraciones de Laín sobre este tema tan decisivo para la comprensión de Grecia.

La purificación que el alma del espectador experimenta en la tragedia no es más que el placer que, al modo platónico, consiste en «el retorno del organismo desde un estado de perturbación a la armonía propia de su peculiar naturaleza, la armonía *katà physin*».